

DE LA LAGUNA, PERO ESCRITOR

JOSÉ EDGAR SALINAS URIBE
JULIO CÉSAR FÉLIX

14

Los talleres literarios y la formación de escritores en la Comarca Lagunera.

Entre los ríos Nazas y Aguanaval se ubica la Comarca Lagunera. Tejido por un natural y antiquísimo abrazo mellizo cuyas capitales políticas respectivas no acaban de digerir, La Laguna es un territorio entre Durango y Coahuila. Diversos aspectos han hecho que la región sea visible en el mapa nacional: cuna de Madero, mimado experimento agrario de Cárdenas, principal cuenca lechera del país- ¡el agua se acaba sin remedio!-, gigante productor de plata del mundo y, según Beatriz Paredes en un anuncio de su partido de cara a las elecciones de octubre próximo, orgullosa tierra de campeones futboleros. Ya saben, tierra del Santos Laguna y recientemente inaugurada ágora que disputan grupos de la delincuencia organizada.

La ciudad con mayores servicios es Torreón, aunque en realidad la mancha urbana es una y engulle a Lerdo, Gómez Palacio, Torreón y le muerde sin recato la falda a Matamoros. Si en la región hay ciudades de la época colonial, lo cierto es que hace apenas cien años Torreón y Gómez Palacio dejaron la adolescencia pueblerina para pasear sus juventudes de ciudad.

En una comarca volcada lascivamente a los negocios, escasa oportunidad tiene el ocio para echar raíces y brindar sus frutos más nobles. Baste decir que fue hasta mediados del siglo pasado que un puñado de amigos se reunió para conformar el "Ateneo lagunero", grupo que animó las actividades artísticas locales y que, en literatura, se constituyó en precursor de los futuros talleres y revistas literarias. De entre ellos nacieron las revistas *Cauce* y *Hierba*, ésta última animada principalmente por Enriqueta Ochoa, la autora de *Retorno de Electra*.

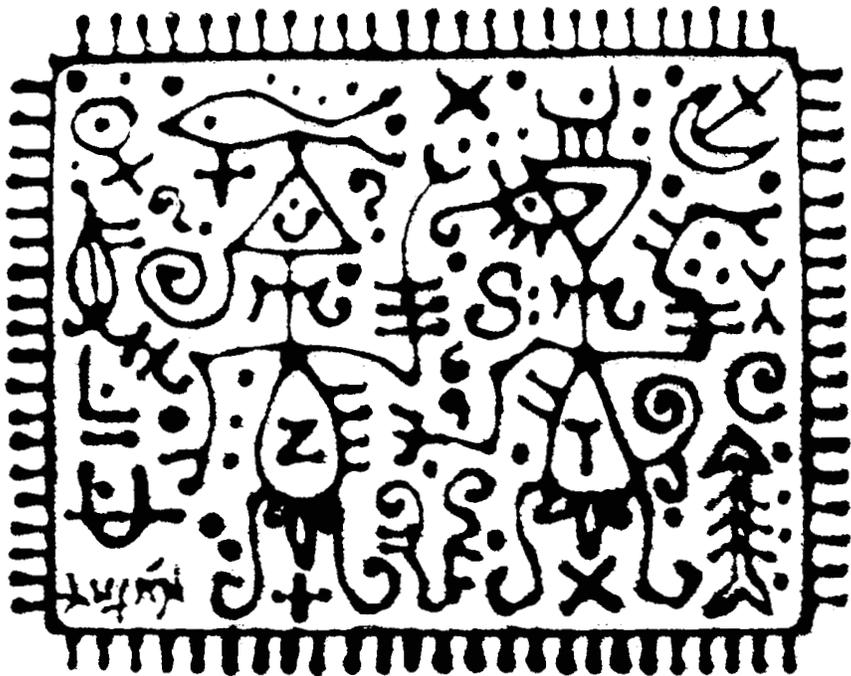
Si el interés y el gusto por la literatura crecieron, no así la oferta escolar para encauzar profesionalmente esas vocaciones. Alguna vez hubo un intento en la Universidad Iberoamericana Torreón; se abrió la carrera de Ciencias Humanas pero la demanda no fue suficiente y cerró. Así que quienes querían abrazar el mundillo de las letras tenían que largarse al DF, a Monterrey o a Saltillo. Pocos lo hicieron. Otros buscaron cercanías académicas que suplieran la ausencia de escuelas de letras como fueron, entonces, las carreras de comunicación y derecho. Unos más sembraron esperanzas vocacionales en los campos vírgenes de los talleres literarios. De esto último trata nuestra entrega.

Jaime Muñoz Vargas, ganador de varios premios nacionales y autor de más de una decena de libros, entre los que se cuentan *El principio del terror* (Joaquín Mortiz, 1999 y 2004) y *Juegos de amor y malquerencia* (Joaquín Mortiz, 2003), ejemplifi-

ca aquella erial situación de las letras locales, con su testimonio: "Cuando nació mi idea de ingresar a un taller literario, eso en 1983, ya tenía la vaga aspiración de dedicarme a la literatura; como en La Laguna no hay carrera de Letras, estudié Comunicación, licenciatura que en mi época incluía muchas clases de literatura. En aquel momento leía bastante y comencé a escribir, a borrar y a pelear contra las palabras. Pensé que, en el páramo lagunero, un taller me ayudaría para algo; luego vi que sí, que el taller me ayudó a vislumbrar todo lo que me faltaba por aprender. Es decir, el taller donde trabajé mis primeros textos, el Botella al mar, denunció mis lagunas, el enorme aprendizaje que todavía no concluyo".

Francisco Amparán, quien en 1983 y 1986 ganó un premio nacional y otro latinoamericano de cuento, autor de *Cantos de acción a distancia* (Joaquín Mortiz, 1988), *Es otra felicidad* (CONACULTA, 1995) entre otros, da cuenta exacta de cómo la vocación por las letras no tenía ni tiene más cauce en la localidad que los talleres, y él afirma que su interés por la literatura lo tuvo desde niño, "en 1976 gané un concurso de cuento de la Feria del Algodón o algo así. El premio era una beca para una clase de literatura en la Casa de la Cultura de Torreón, curso que impartía Alberto González Domene, que entonces también era el director de la misma. Al poco tiempo se abrió el Taller Literario de la Laguna en la Casa de Cultura de Gómez Palacio, con José de Jesús Sampedro. Ésta era una de las primeras "sucursales" del Taller de Aguascalientes-San Luis Potosí que había manejado Miguel Donoso Pareja, y cuyos integrantes pasaron a ser a su vez coordinadores de talleres en muchas partes, especialmente en el norte...".

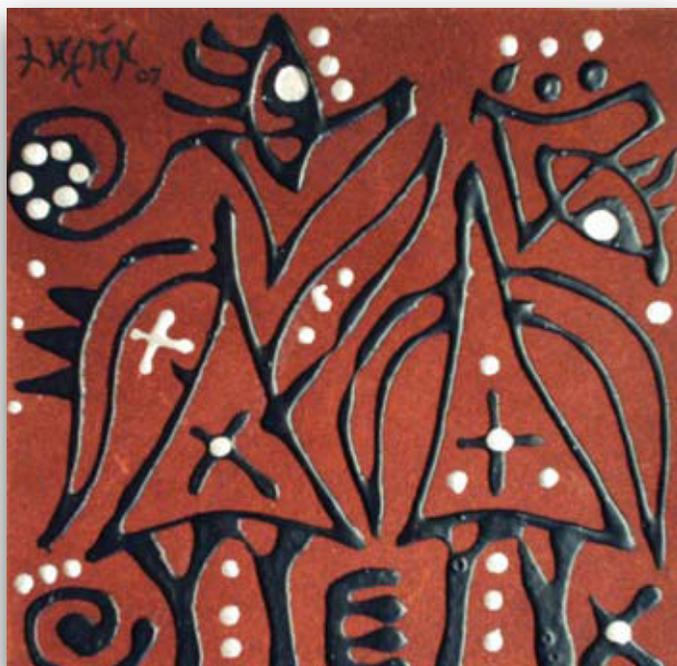
La experiencia de ése taller se diseminó de tal manera que de a poco primero y como en mazorca después, surgieron talleres literarios en la región. José de Jesús Sampedro, coordinador de aquel fundacional Taller literario de La Laguna, el Talitla, como se le conoce, aunque al ganador del Premio Nacional de Poesía Aguascalientes en 1975, nunca le pareció adecuado que lo denominaran así, refiere que "Llegué a la ciudad de Gómez Palacio, Durango, durante el primer semestre del año de 1976, contratado (en términos genéricos: burocráticos, por



15

el Instituto Nacional de Bellas Artes) para fundar y coordinar un taller literario a solicitud expresa de su Casa de la Cultura, dirigida hacia aquella época por la señora Ernestina Gamboa Almeida, y un año después, también a solicitud expresa de la Casa de la Cultura de la ciudad de Torreón, dirigida hacia aquella época por el señor Alberto González Domene, el Taller sesionó en ambas Casas y surgió así el ya formal Taller Literario de la Laguna... mismo que dejé de coordinar durante el primer semestre del año de 1986. Transcurrida esta experiencia, no volví a coordinar ningún otro taller y no volvería a coordinarlo ahora (o eso creo). En síntesis: el Taller Literario de la Laguna constituyó uno de mis mayores y uno de mis mejores aprendizajes, tanto intelectuales como vitales". Uno de los jóvenes talleristas del primer momento del Talitla fue el recientemente fallecido reportero de *Proceso* Antonio Jáquez, a quien Sampedro recuerda entrañablemente, según nos compartió.

Sucesor de Sampedro al frente del mismo taller, Daniel Sada señala que en, en su turno al frente de aquel taller fundacional, se propuso "conducirlo de la manera más rigurosa posible. Traté a toda costa de evitar que fuera un club de literatura. Mediante una combinación entre lecturas, preceptiva literaria y análisis de textos, avanzamos paso a paso y creo que hubo buenos resultados". De ese segundo momento del taller, al menos José Luis Urdaibay y Lidia Acevedo continuaron su trabajo, el primero ganó el Premio de Periodismo Cultural Fernando Benítez y publicó cuatro libros, el más reciente de ellos fue *Cristela provincia* (Cuadernos de arena, Ico cult,



“En una comarca volcada lascivamente a los negocios, escasa oportunidad tiene el ocio para echar raíces y brindar sus frutos más nobles”.

1998), Lidia Acevedo recién publicó *En la piel del otro* (novela, 2007).

En su origen, el Talitla reconocía su realidad de ser el único en la región y su pretensión lagunera la evidenciaba con la realización de sesiones en ambos estados, “Bellas Artes dijo que ambos grupos – el de la casa de la cultura de Gómez Palacio (creado en 1976) y el de Torreón- debían unirse y así fue, en 1978. Sesionábamos cada quince días, una vez en Gómez Palacio y otra en Torreón. Nos divertíamos como enanos” comenta Amparán, y agrega que el aprendizaje principal que le dejó aquel taller fue “la crítica, la autocrítica y el intercambio de opiniones, comentarios y sugerencias sobre corrientes y autores que nunca hubiéramos conocido de otra manera”. Este último punto resalta una de las contribuciones más importantes de ese taller y de los que a la postre surgieron en la Comarca: el leer y debatir sobre la obra de autores que sólo en rincones escolares dedicados a las letras suelen abordarse, pero ante la carencia de espacios así en La Laguna, los talleres propiciaron tal encuentro literario.

A mediados de la década de los ochenta concluyó actividades el Taller literario de La Laguna, dirigido por Daniel Sada (aunque tuvo un efímero paréntesis de la mano de Bernardo Ruiz). Como si fuera carrera de relevos, surge entonces un nuevo taller literario, dirigido por Saúl Rosales, lagunero, miembro correspondiente de la Academia mexicana de la Lengua y autor de numerosos libros, como ejemplo están *Iniciación en el relámpago* (UJED, 2007) y *Autoretrato con Rulfo* (de la colección ¿Ya LEISSSTE?, 2001) por mencionar sólo dos. El nuevo

grupo llevó el nombre de “Botella al mar”. Nacido por la inquietud de algunos alumnos de la carrera de comunicación en el Iscytac-hoy Universidad Lasalle-, este colectivo congregó a varios de los laguneros que hicieron de las letras su vocación, era el año de 1984, y “tuvo como asistentes más asiduos a Gilberto Prado Galán, Enrique Lomas Urista, Pablo Arredondo Rodríguez, Gerardo García Muñoz y Jaime Muñoz Vargas”. Así como Amparán del Talitla, Jaime Muñoz también reconoce un aprendizaje similar en Botella al mar: “No estudié letras; con algo de saludable anarquía, el trabajo de aquel taller fue el mejor sucedáneo para los estudios formales de literatura que nunca pude tener”.

Además de haber dirigido Botella al mar, Saúl Rosales, se ha convertido en el referente principal en la promoción literaria en La Laguna. Responsable de esa área en el Teatro Isaura Martínez y de su taller literario, Rosales escribió para *Acequias* que: “La Laguna puede servir para ejemplificar la significación cultural de los talleres literarios. A esta comarca la señala con dedo olímpico la presencia de una cantidad considerable de sus escritores en el directorio nacional, la mayoría de ellos iniciados en talleres que funcionaron o están funcionando en la región”.

En efecto, todos los escritores laguneros de la generación del setenta a la fecha que han publicado en editoriales cuya presencia en el mercado es más significativa y rebasa las cadenas de distribución local, se han iniciado en los talleres literarios regionales: los ya mencionados Amparán y Muñoz Vargas, pero también Miguel Morales, Gilberto Prado, Édgar Valencia, Joel Plata, Marco Jiménez, Carlos Reyes y quien hoy por hoy se perfila con prometedor futuro en la narrativa: Vicente Alfonso. La lista de autores que trabajaron sus primeros textos en los talleres locales es, sin embargo, mucho mayor, sumando más de cien títulos publicados en su conjunto.

Con el antecedente del Talitla y Botella al mar, y sus resultados en obra, publicaciones y presencia local comenzaron a surgir varios talleres: el de la Casa de la Cultura de Torreón dirigido por Fernando Martínez; el coordinado por Alberto Huerta y David Ojeda con sede en el Teatro Garibay (antes Mayrán), dedicado principalmente a la narrativa; en la Universidad Autónoma

de Coahuila, a cargo de Marco Jiménez; en el Teatro Isaura Martínez, guiado por Saúl Rosales; en la Universidad Iberoamericana, dirigido por Jaime Muñoz Vargas y ahora por Julio César Félix; en el Centro de Readaptación Social (CERESO) de San Pedro, a cargo de Daniel Lomas; el del CERESO de Torreón en el que han participado Guillermo Pérez, Jaime Muñoz y Edgar Salinas; el del Instituto Coahuilense de Cultura dirigido también por Marco Jiménez; ésa misma institución auspició otro que por algunos años coordinó Guillermo Samperio; también el dirigido por Daniel Maldonado en el Museo Arocena y en el CONALEP, el de la Dirección de Cultura de Torreón bajo la conducción de Carlos Reyes. Los anteriores se diferenciaron de aquellos coordinados por Enriqueta Ochoa, Vicente Quirarte, José Vicente Anaya y Sergio Mondragón en que tienen un carácter menos intermitente y poseen un respaldo institucional que les ha facilitado su funcionamiento permanente.

La presencia de Guillermo Samperio en la región tuvo varias etapas, mismas que él refiere: "no he impartido nada más un solo taller en la Laguna sino que, en rigor has sido tres, de tal manera que he ayudado a que se formen al menos tres generaciones; esto implica que he ido a Torreón desde antes de 1980 hasta principios del 2000. Vi desfilar poetas, narradores y ensayistas. Creo que algunos ya obtuvieron algunos premios. En la última etapa se pudieron dejar dos memorias del tercer y último taller que son dos libros colectivos". Del testimonio de Samperio se desprende que entre el Talitla y Botella al mar, él estuvo presente en Torreón en una primera etapa para dirigir un taller, aunque salvo el suyo, ningún otro testimonio destaca esa presencia, una de las fundamentales para el movimiento tallerista en la región.

Cada taller en La Laguna ha encauzado por diversos medios el producto de sus trabajos. En el caso del Talitla, primero fue la sección cultural del diario *La Opinión* el espacio que recibió textos de aquel grupo para publicarlos, y en un segundo momento la revista del propio taller, que por nombre llevó *La Parda Grulla*, cuya publicación feneció casi a la par que el taller. Con el tiempo también *El Siglo de Torreón* publicó textos de los talleristas. "Botella al mar" también tuvo en el suplemento de *La*

Opinión su espacio de publicación; ya más tarde en el suplemento *La Tolvanera* de la revista *Brecha* permitió que más autores locales publicaran sus trabajos. Con el tiempo, la revista *El Puente*, dirigida por Felipe Garrido y más tarde *Estepa del Nazas* dirigida por Saúl Rosales, ambas publicaciones del Teatro Isaura Martínez, facilitaron la publicación de textos de integrantes de los diversos talleres, como en su momento lo hizo al revista *La Paloma Azul* de la Casa de la cultura de Torreón. El taller literario de la Ibero en Torreón tuvo en *Acequias* su canal de publicación, aunque un par de años antes de la aparición de *Acequias*, en 1997, Felipe Garrido dirigió *Encuentro* en la misma universidad. A la fecha, *Estepa del Nazas* tiene ya doce años de publicación ininterrumpida y *Acequias* once.

Más allá de las revistas, los talleristas que crearon suficiente obra como para ser publicados encontraron soporte editorial a través de diversas colecciones bajo el auspicio económico de los gobiernos municipales y estatales; pero también bajo sellos editoriales independientes y universitarios.

En el caso del taller de la Universidad Autónoma de Coahuila, se han publicado *Filos de luz*, (Dirección de cultura de Torreón, 2004) de Carmen Valdés y Adriana Luévano y *Días inciertos* (2008, en la colección siglo XXI, escritores coahuilenses, de la UAC) de la propia Adriana Luévano. De acuerdo a su coordinador, Marco Jiménez, la experiencia del taller es "enriquecida por la disciplina y entusiasmo de sus miembros, la pasión creativa sostiene a la atmósfera experimental que el taller alienta, no obstante las limitaciones físicas y presupuestales de nuestra Universidad".

Limitaciones presupuestales comparten la mayoría de los talleres, de allí que precisamente tengan que intervenir las instancias gubernamentales de promoción cultural y editorial para publicar obra, lo que favoreció que el trabajo de varios talleristas se viera publicado. El ayuntamiento de Torreón ha auspiciado las colecciones "MM", "Centenario" y ahora publica a través del programa "FinanciarTE" que mantiene un convenio con la Asociación de Editores Mexicanos Independientes (AEMI); la Casa de la Cultura de Torreón y el Teatro Isaura Martínez editaron la colección "Tierra que fue mar"; en tanto que el Instituto Coahuilense de Cultura apoya principalmente a través de las colecciones "La República de las Letras" y "La Fragua"; y además de las del Ico-cult, el Gobierno de Coahuila lanzó las colecciones "Historias de entretén y miento" y "Viento armado". En cuanto a las universidades, la UAC y la Universidad Iberoamericana han publicado obra de los integrantes de sus talleres, los ya mencionados *Filos de luz* y *Días inciertos*, por la UAC; y *Hoy no se fía*

Sucesor de Sampedro al frente del mismo taller, Daniel Sada señala que en, en su turno al frente de aquel taller fundacional, se propuso "conducirlo de la manera más rigurosa posible..."

y *Mañana tampoco*, en el caso de la lbero. Dentro de las editoriales independientes que sirvieron de plataforma para escritores cultivados en los talleres destaca la editorial ENORME, propiedad de Rogelio Villarreal, padre del director de la revista *Replicante*. Debe resaltarse que como medio primero de publicación de la producción de los talleres en La Laguna estuvo la revista zacatecana *Dos filos* fundada y dirigida por José de Jesús Sampedro.

En una región donde el taller literario inicia y en buena medida adentra al participante en el oficio de escribir y en no pocos casos en la tarea de la mejor lectura, no es de extrañar que en lugares como los Centros de Readaptación Social de San Pedro de las Colonias y de Torreón se trabaje con un grupo de presos aficionados a las letras. Los resultados son interesantes pues, para el caso de Torreón, uno de sus integrantes, Eliseo Antonio Carillo, ha ganado un par de premios estatales en cuento, y publicado en el libro colectivo *Pensamiento en libertad* (colección Viento armado, Gobierno de Coahuila, 2007) y en la revista *Acequias*.

La valoración que los propios coordinadores hacen de los talleres, (algunos de ellos fueron talleristas, por cierto) muestra la multiplicidad de aprendizajes a través de esta experiencia. Para Daniel Maldonado, tallerista en el grupo del Teatro Isauro Martínez y coordinador de los talleres del museo Arocena y el CONALEP, en todos los talleres locales "la constante es el fortalecimiento de la autocrítica, los conocimientos, pero sobre todo las lecturas, el descubrimiento de nuevos autores generalmente recomendados por quien dirige el taller o por compañeros del grupo". Con ingredientes sazonados con el tiempo acumulado en esa experiencia, primero como integrante de "Botella al mar" y después como responsable del taller de la lbero Torreón, Jaime Muñoz comenta que "los escritores jóvenes suelen ver a los talleres como solución a todos los problemas literarios, incluido el de la falta de talento. Creo que la utilidad principal de los talleres es de orientar, la de insinuar caminos, lecturas... el valor principal de estos espacios es el de confrontar por primera vez a quien escribe con el lector. Gracias al taller, uno como escritor calcula, mide, tantea la reacción que podrá tener una obra si llega a ser publicada. Gracias al taller uno puede tomar, con más elementos en la mano, la decisión de seguir o la de recular".

Además de las experiencias de aprendizaje formal en la estructura informal del taller- desde la perspectiva de reconocimiento escolar-, quedan reconocidos otros dos aspectos: la primacía del trabajo personal y disciplinado del tallerista y la buena conducción para lograr una buena experiencia del

trabajo en taller. Sampedro recuerda que el Taller literario de La Laguna se caracterizó por: "a) Una muy flexible y una muy rigurosa diversidad crítica: nuestra quincenal sesión tenía como prioritario objetivo el más honesto análisis de un texto, de una serie de textos; b) una recíproca conciencia de que estábamos ayudándonos entonces a vencer la fácil dificultad que implica toda escritura; c) y una amistad más allá del Taller que casi nunca rebasó los necesarios límites que garantizaban la armonía, el respeto". Francisco Amparán, tallerista en aquella oportunidad, recoge de su experiencia precisamente que los talleres "son una buena manera de empezar, si se hace bien, con disciplina y tomándolo en serio. Especialmente si se empieza chavo y el coordinador es un tipo con experiencia y generosidad. Nosotros fuimos muy afortunados con Sampedro".

Es similar la opinión de Jaime Muñoz al respecto, pues considera que "finalmente, el escritor debe defenderse solo, así que al final pesa más lo que uno aprende por su cuenta que lo que pepena en el taller". Carlos Reyes, tallerista y autor de varios poemarios entre los que se encuentra *Luna de Cáncer* (Icocult, 1999), *Donde oficia la sangre* y *Habitar la transparencia*, es enfático al afirmar que "Nadie puede volverte escritor... a lo mucho puedes obtener referencias, rutas... pero de ninguna manera un taller te volverá escritor". En efecto, habría que recordar que no en balde Octavio Paz decía que la vocación era llamado, pero también ejercicio.

Como evaluación general de su experiencia al frente de talleres en La Laguna, Guillermo Samperio, resalta que "lo interesante de los dos primeros es que fueron talleres literarios múltiples, es decir que los participantes podían llevar textos de cualquier género literario y esto permitía darle variedad al trabajo tallerístico y, de alguna manera, un rostro de interdisciplinariedad. En el último taller empezamos a trabajar la microficción y luego el cuento, el resultado fue que algunos se inclinaron más por la ficción breve y otros por la short storie". De ese taller, los más asiduos publicaron un par de libros colectivos pero, otra vez, la insistencia en la disciplina y dedicación del integrante de taller que nadie puede suplir, porque como subraya el autor de *Gente de ciudad* y ganador del Premio Casa de las

Américas en la rama de cuento: "Si algunos de mis ex alumnos han dejado de escribir o han tomado rutas extrañas eso ya no es asunto mío", ni del taller, agregaríamos.

Por su parte, Daniel Sada, además de compartirnos su visión de lo que un coordinador de taller debe procurar, sostiene una opinión que se asemeja a la de los otros coordinadores respecto a la centralidad y responsabilidad del tallerista para el buen logro de la experiencia: "Para mí existen dos reglas de oro necesarias para coordinar un taller: respetar el estilo de los autores, en la medida de lo posible, y respetar sus temas, en el sentido de que los temas no hacen mejor o peor un texto, sino el punto de vista y la unidad dramática. También me preocupa el ritmo de la prosa, ya que la mayoría de los narradores tiene oído de picapedreros. De la misma manera vigilo que haya un análisis certero de los personajes protagónicos de la trama, así como el manejo del tiempo, la flexibilidad estilística para hacer resúmenes temporales y a su vez detectar con la mayor precisión posible cuando ensanchar o compactar las escenas. Añado un aspecto que para mí es muy importante: el coordinador de un taller no debe ser un dictador, sino un asesor que sugiere procedimientos de estilo y construcción dramática. Me parece que es un equívoco que el coordinador quiera imponer una estética, de ser así los talleres no sirven para nada. A fin de cuentas el tallerista debe trabajar con todo a su favor, a través de su escritura debe desdeñar o aceptar las -muchas veces- estridencias de la crítica. Simplemente el taller le servirá para reforzar lo que ya posee".

Este breve recorrido por el devenir de los talleres literarios en La Laguna muestra su relevancia para abonar en la formación de escritores en la región. La importancia de los talleres nos parece evidente al menos para esta zona. Sin embargo, queda el juicio y reflexión que Sampedro nos compartió a propósito de la importancia de este tipo de ejercicios de formación: "Ignoro si fue importante. El final destino de esa palabra aún está en juego. O mejor: en tránsito a, en proceso. Lo de veras importante hasta ahora es que existió, que congregó a un cierto número de personas, que dejó el contemporáneo testimonio de algo. Que prelude el surgimiento de una nueva y talentosa y disímil generación de escritores pertenecien-



tes (y no siempre por simplistas razones geográficas o etnográficas o temáticas: lo advierto) a la Laguna. Que espejeó o reflejó algunas de las más notables o de las más espontáneas características culturales y políticas y sociales manifiestas en su momento. Y que constituyó el itinerario de una compartida aventura colectiva e individual que (supongo) cada uno de los involucrados evaluó o evalúa y evaluará a su manera".

Referencias:

Entrevistas a:

Daniel Sada
 José de Jesús Sampedro
 Guillermo Samperio
 Jaime Muñoz Vargas
 Carlos Reyes
 Daniel Maldonado
 Marco Antonio Jiménez
 Saúl Rosales
 Francisco Amparán

Bibliografía:

Esparza, Oralia. *La cultura en Torreón: retrospectiva y perspectivas analíticas*, UIA, Torreón, 1998.
 Rosales Carrillo, Saúl, comp. *Cuentos de La Laguna*. ENorMe, Torreón, 1994.
Acequias, No. 41, otoño de 2007.
 Rosales Carrillo, Saúl. *Huellas de La Laguna, Ayuntamiento de Torreón*, 1989.